



Lugar donde fue asesinado, en Barcelona, el policía armado Luis Antonio Rodríguez.

¿Quién vigila a la policía?

RESULTA ya tópico asegurar que las últimas muertes de los miembros de la Fuerza de Orden Público — País Vasco, Cataluña, Galicia— tapan las anteriores. Las tensiones entre el Ministerio del Interior y el Cuerpo General de Policía son sólo una de las múltiples partes del problema. El proceso de transición español está plagado de silencios policiales, de incógnitas. Desde la muerte de Carrero Blanco hasta el atentado de la calle del Correo, en los altos de la cafetería Rolando, se encontraban las dependencias oficiales del SCOPE, posteriormente trasladadas a la calle Rey Francisco, de Madrid, sin olvidar la extraña muerte de Fernando Herrero Tejedor, secretario general del Movimiento. Posteriormente, los secuestros de Oriol y el general Villaescusa, la muerte de Arturo Ruiz y los abogados laboristas de Atocha, el asesinato de Jesús Haddad Blanco, hasta concluir con las muertes del general Sánchez Ramos y del teniente coronel Pérez Rodríguez. Demasiados silencios. Entre ellos, uno del que la prensa, tácticamente, no ha vuelto a hablar: el *affaire* Cubillo, su apunamiento y las condenas, una de ellas a muerte, de dos españoles, supuestos miembros de los Servicios de Información.

Por eso, ahora, cuando Martín Villa es virulentamente atacado desde las páginas de *El Alcázar* o *El Imparcial* por su enfrentamiento, tras la nota de la Asociación Profesional de Funcionarios del Cuerpo General de Policía, con gran parte de la institución, la actitud de la izquierda española es

Como la vieja canción, el diario *El Imparcial* del 29 de agosto aseguraba: "Todo va bien". Era inevitable el recuerdo de: "Sin novedad, señora baronesa". A continuación detallaba una serie de desgracias que se cernían sobre el país. Muertes, asesinatos, manifestaciones, y finalizaba: "Suárez y Gutiérrez Mellado descansaron en Ciudad Rodrigo". Se destapaba la guerra de la Policía, una guerra que se mantiene sorda desde 1973.

FERNANDO GONZALEZ

ambigua. O defender a Martín Villa, lo cual implica embarcarse aún más en el proceso del reformismo y su continuismo encubierto, o censurarlo, lo que significaría adoptar posiciones paralelas a la extrema derecha. La crisis de la Policía arranca, en realidad, de su propia estructura. Uno de los ejes del franquismo, su sistema de seguridad, se ha mantenido intacto durante la transición. Surgieron, a su vez, los equívocos del FRAP, GRAPO, Triple A, PENSIGAS o la recientemente creada Liga Armada Gallega. Las diferencias entre los servicios que llevaron a fuertes enfrentamientos y propiciaron la actuación de grupos parapoliciales —independientemente de que apareciesen con una aparente ideología de izquierda o de derecha, e incluso alguno de sus militantes así lo creyesen— que contaban con la "protección" de los diferentes sectores oficiales.

La desaparición del Servicio de Documentación de Presidencia del Gobierno (dirigido por el ahora general honorario Eduardo Blanco) originó el SCOPE (Servicio de Coordinación, Organización y Enlace), potente organización, al parecer

dirigida por el comisario Conesa, que propició, a partir de 1973, todas las acciones desestabilizadoras y posteriormente estabilizadoras de la transición. Paralelamente, el G-2, servicio de información de la Guardia Civil, introducido en el País Vasco, organiza ATE (Antiterrorismo ETA) y colabora con miembros de la OAS franceses e incluso con los sectores más radicales de la DST (Inteligencia francesa). Los servicios del Alto Estado Mayor, con graves crisis en su seno por las tendencias dispares que lo alimentan, entran también en juego.

En los primeros días de junio pasado, tres supuestos grupos penetraban en la vivienda del comandante Carmelo Medrano Salto. Otro silencio de la Policía española. Las amenazas de aquellos grupos eran, en realidad, un ejercicio de distracción dedicado al CSID (Centro Superior de Información de la Defensa). Poco tiempo después se reestructuraba la Dirección General de Seguridad y se potenciaba la Brigada de Información, creándose simultáneamente la Brigada Antiterrorista. Al frente de esta última estaba el comisario

Conesa y, al parecer, antiguos miembros del SCOPE, así como toda una extensa red de agentes encuadrados en lo que antes se llamó el Servicio de Información del Movimiento. Son ya tradicionales las desconfianzas mutuas entre la Brigada Antiterrorista y la de Información.

El 29 de agosto, la Asociación Profesional de Funcionarios del Cuerpo General de Policía daba a conocer una nota de cinco puntos, cuyo segundo se iniciaba: *Estamos dolorosamente hartos de que las fuerzas políticas hagan de estos cuerpos de seguridad objeto de sus pactos, cuya existencia tal vez impida la adopción de medidas de autoridad y gobierno necesarias para terminar —o al menos intentarlo— con el terrorismo, como ocurre en cualquier país democrático y civilizado.* Al día siguiente, en un editorial de *El País*, se pedía más eficacia a la Policía, al tiempo que en Barcelona, durante el funeral por el guardia asesinado, se golpeaba al *Dodge Dart* del honorable Tarradellas.

La Dirección General de Seguridad respondía en una larga nota a la Asociación Profesional negando los cargos alegados por ésta. Asimismo, Martín Villa iniciaba los ceses y expedientes, como el del subsecretario de Orden Público, Fernández Dopico, y el del comisario general de Documentación, Cerrillo Maroto.

Los expedientes y ceses, tras las largas deliberaciones del fin de semana en el Ministerio del Interior con jefes superiores de Policía y altos cargos se cifraban en

ocho. Sin embargo, la Asociación Profesional daba cuenta de que el número de adhesiones y afiliaciones, tras las sanciones llevadas a cabo por Martín Villa, habían aumentado incesantemente. El teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero Molina, en una carta abierta al Rey, desde la primera página de *El Imparcial*, acusaba de silencio y de indiferencia a la clase política: "Señor: Ellos sí sabían por qué morían —se refería, naturalmente, a los cuatro miembros del Orden Público muertos a principios de semana—; nosotros quizá también sepamos por qué hemos callado. Pero a mí, mi Dios, mi Patria, mi Bandera y mi honor me han obligado a hablar. No tengo otros compromisos y a ellos me remito". Naturalmente, a las veinticuatro horas siguientes el teniente coronel Tejero Molina era sancionado, entre otras cosas por no haber "cursado por cauce reglamentario su carta al Rey", que es capitán general.

"Estamos en guerra", decía *El Alcázar* del primero de septiembre, mientras que *El Imparcial* de ese día publicaba una fotografía de Martín Villa con su casaca blanca del Movimiento, de rodillas, jurando ante la Biblia, mientras al fondo se adivina entre los legajos la figura rígida de Francisco Franco. "Llegó la purga", decía en el titular.

Paralelamente a todo el problema policiaco, a todas las tensiones entre los servicios, surgía un confusiónismo con el caso Txomin, Tomás Sulibarría, supuesto infiltrado del G-2 en ETA, y al que la propia organización "ejecutaba", dejándole herido en las proximidades de un hospital. En Galicia, el GRAPO y la Liga Armada Gallega se contradecían adjudicándose la muerte del policía en Santiago de Compostela. La Liga Armada Gallega, de reciente aparición, ha hecho su segundo comunicado en

gallego (el primero lo hizo en castellano a Radio Popular de Vigo y, pese a declararse independentista, lo hicieron "en castellano porque estaban muy nerviosos"), bastante defectuoso, lo que hace suponer a los expertos que pudiera ser otra creación más de las muchas que han surgido en la transición.

Desde portavoces oficiosos está insistiéndose, sistemáticamente, de que en septiembre ETA o el GRAPO van a desarrollar una serie de atentados, incluso "al más alto nivel". Se está alcanzando un clima áspero de confusiónismo que ha conseguido desorientar a la opinión pública. La Unión Nacional de Policía, otra organización profesional de carácter clandestino, hacía público un comunicado el dos de septiembre en el que decía: "Nosotros, la Policía, somos responsables de la situación creada anteriormente por la represión de la que éramos ejecutores o cómplices mudos; ahora, dejándonos manipular por individuos que se declaran demócratas pero que nunca lo fueron".

El eje del problema no radica tan sólo en que los Cuerpos de Seguridad cumplan con su obligación, como afirmaba en su editorial *El País*. Es más profundo. La reforma y el consenso trajeron como secuelas el aceptar toda una concepción policiaca y de seguridad franquistas. La diversidad y enfrentamiento entre los servicios sólo es válida en una dictadura, donde el poder juega con las rivalidades y las confidencias de unos y otros. La carencia de ruptura democrática —en Portugal se desmontó la PIDE; la Gestapo y la Policía fascista fueron eliminadas en 1945— ha generado un confusiónismo policial en el que ya también está implicada la izquierda parlamentaria. En realidad, cabe preguntarse: si esto es un Estado democrático, ¿quién vigila a la Policía? ■



Los restos del guardia civil Manuel Vázquez son trasladados por sus compañeros de armas a la capilla ardiente.

Los
CoNteM
poRa
nEoS

CAMINO DE MADUREZ

PASO Videla por España, camino de Roma, donde ha prestado su lustre y esplendor a la coronación del Papa —o, como la dulce modestia hace decir ahora, la "ceremonia de comienzo del pontificado"— y, cuando se le preguntó cuando instauraría un régimen civil, respondió que "cuando el pueblo argentino esté maduro para la democracia". ¿No habría que considerar otra vez el viaje del Rey a Buenos Aires? ¿No será peligroso que visite un país cuyo pueblo no esté maduro? Convendría tal vez esperar a que Videla termine de madurarlo. Como lo está madurando Somoza: a sangre y fuego. Si puede suponerse que los doscientos mil argentinos que huyeron a España estaban escapando de las lecciones de madurez, ¿no sería mejor que se visitara a estos exiliados, sin necesidad de viajar?

La frase de Videla sonó bien. Era una herencia directa de la Madre Patria —a la que el general madurador aludió—, un carácter de la estirpe. Aquí sonó muchas veces: el pueblo no está maduro... Se sigue esgrimiendo desde algún sector, y se emite antes de que sea tarde, antes de que la democracia llegue de verdad. Convendría que antes nos madurase un buen Videla o un buen Somoza, un Videlachet (como dice Umbral, emergido de la noche radiante de las vacaciones y otra vez en punto). Alguien que nos madure otra vez durante años, en cunetas, en estadios o en pequeñas y húmedas celdas de las debajo de la tierra. Algunos buenos incontrolados que nos diezmen y sacrifiquen. Hasta que se nos pase este ácido y este verde de la fruta joven que aspira a las libertades individuales, y los derechos constitucionales. Aunque no sean más que los de esta Constitución coja, manca y fea con la que nos desposan los grandes maduros, tan generosos que nos van a llevar a referéndum para que la aceptemos por nuestra libre voluntad, advirtiéndonos que no de no hacerlo así tendremos un Videlachet, o un Tachito Somoza que nos meta en vereda. Y, por si acaso, vamos a votar que sí, santa y buenamente. Consolémonos leyendo que Nicolás Sartorius, que pasó tantos años en la cárcel, madurándose por el régimen que llamamos anterior, por defender los derechos y las libertades de los trabajadores, nos dice que esta Constitución es más avanzada que la de 1931. Aquella que empezaba diciendo que España es una República. Y que es democrática; y de trabajadores de toda clase, que los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo, y que no podrán ser fundamento de privilegio jurídico la naturaleza, la afiliación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas ni las creencias religiosas. Y, en fin, todo lo demás. Y así que pasaron cinco años, algunos decidieron que el pueblo español no estaba maduro para aquella democracia, probablemente menos avanzada que ésta, y produjeron una fecha que ahora ha sido declarada obvia, la del 18 de julio de 1936. Para irnos madurando.

Seguramente no estamos maduros los Botejaras, temblorosos y asustadizos sujetos, cargados con todos nuestros prejuicios y miserablemente expuestos en toda nuestra debilidad mental en las pantallas de la televisión. Botejaras y Sartorius, todos somos unos, todos somos lo mismo, evitando que despierte la hidra, aceptando lo que nos venga encima para que no nos maduren más. Aquí estamos todos, cornudos apaleados y contentos —como la farsa clásica que adoptó Casona—, tratando de madurar al sol, el hermoso y brillante sol del consenso al que nos estamos cociendo a fuego lento. Para ser la admiración del mundo por nuestra prudencia, nuestra serenidad, nuestra excelente ternura. ■

POZUELO